

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA DE CIENCIAS
 "ALFONSO P. H. S."
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOS PRIMEROS DÍAS

AL día siguiente era jueves. Catalina, como estaba en vacaciones, no iba á la escuela y podía disponer de tiempo para enseñar á Anita la casa.

Después del desayuno, Anita se peinó. Quería peinarla Lucía, que turnaba aquella semana en el aseo de los niños, pero ella se opuso.

—Me peino siempre. Si quiere, peinaré también á Catalina.

—¿Cómo puedes peinarte sola tanto bello?

—Pues... con el batidor. Estoy acostumbrada.

Peinóse con gran desenvoltura. Lucía trajo la maleta de Anita y ayudó á la prima á colocar la ropa en el baúl. Pocas eran las prendas de vestir. La ropa blanca, mal cortada y mal cosida, olía á espliego. Los trajecillos de color se pusieron en el fondo del baúl.

—¿Está todo aquí?—preguntó Lucía tur-

bada. ¡Qué hermosas medias! ¿Quién te las ha hecho?

—La abuela. He dejado muchas cosas en casa, pero el tío me ha prometido traerlas enseguida.

—¿Quién vive ahora en tu casa?

—Nadie. No sé á quien le corresponderá.

En tanto Lucía colocaba los pañuelos, las blusas, un abultado libro de rezos, Anita la contemplaba atentamente. Sí; sin duda alguna, Lucía era más hermosa que Angela. Tenía el cuello delicado con una blanca cura suprema y la nariz bien perfilada, transparentándose, diáfanas, las aletas de ella á la claridad, teñidas de color rosa. ¡Y qué bellos sus negros ojos! Iba bien peinada, y tan blancas y sutiles eran las manos, que Anita escondió las suyas. Catalina vino á sacarla del arrobo.

Todo el día lo pasó recorriendo la casa, el patio, la huerta.

Contigua á la alcoba de las niñas estaba el dormitorio de las criadas. La ventana tenía rejas y la puerta daba á la alcoba de las muchachas. Así con nadie podían comunicarse de noche.

En otras dos habitaciones dormían y habitaban Sebastián y Cesáreo. Antonino dormía con el primero, pues el otro hermano era muy exigente; quería una alcoba para él solo, y ni durante su ausencia gustábale que nadie la ocupara.

En ella había muchos libros, novelas, periódicos, y estaba siempre impregnada de un fuerte olor de tabaco. Nada de esto se

advertía en el dormitorio de Sebastián, sencillo y modesto como una celda conventual.

En el primer piso estaba la alcoba de Pablo y su mujer, un gabinete con la máquina de coser y los juguetes de Catalina y Antonino.

Otra alcoba, muy limpia, en el mismo piso, con algunos muebles de lujo, destinábase á los huéspedes, gente de los pueblos cercanos, que en Cerdeña acostumbran hospedarse, gratuitamente, en casa de los amigos.

La bodega y la despensa, con puertas sólidas y bien herradas daban sobre el fresco patio. Junto á éste, el huerto.

—¿Crees que estamos siempre encerrados aquí?—dijo Catalina al llegar al fondo del huerto.—Mira. Escalamos el muro y nos marchamos lejos.

Anita miró, encaramándose en el muro.

—¿Y tía María consiente que vayáis lejos?

—¡Ya lo creo! Todo ese terreno es nuestro. Ven para enseñarte las bestias.

—¿El caballo?

—¡Un caballo egipcio! Ven, ven...

Llevóse la adentro y le enseñó las gallinas, las palomas, los gatitos que Maramea, la gata, tenía en la cuadra, donde se hallaba el caballo de Sebastián.

Catalina hablaba sin descansar.

—No te acerques al caballo, Anita, que cocea. Mira los huevos de las gallinas...

—¿Cómo se llaman los gatitos? ¡que lindos!, dijo Anita acariciándolos. Tienen todavía los ojos cerrados...

—Aquí llega la madre. ¡Buenos días, Maramea!, exclamó Catalina.

Cuando la gata acomodóse al lado de sus hijuelos, las niñas salieron al huerto. Sebastián podaba los rosales.

—¡Tú has andado por aquí! gritó á Catalina apenas la divisó.

—No; fíjate; son las pisadas de Maometo...

—Son tuyas, te digo. Guárdate de que no te sorprenda yo, porque te castigo. ¡Buen día, Ana! ¿Has dormido anoche?

—Muy bien; gracias.

—¿Gracias, de qué? repuso Sebastián riendo.

Anita se puso colorada, y desapareció con Catalina.

Maometo era el perro; un hermoso lebre, alto, con unos ojos que parecían de cristal. Una mancha blanca en la cabeza rompía el color negro de su piel.

Las niñas marcharon á la cocina, y allí Anita conoció á las criadas Rosa y Elena.

Catalina les dijo:

—Debéis llamarla señorita Ana.

Anita sonrió complacida, y añadió con modestia:

—Todavía es pronto.

—Mamá no quiere que demos confianzas á las criadas—le dijo al oído Catalina cuando estuvieron en el comedor—porque es gente mal educada y dicen palabras groseras.

Angela zurcía medias sentada ante el brasero y la madre cambiaba de vestido á Nel, haciéndolo saltar y reír. Lucía, des-

pués de arreglar la alcoba, cosía con máquina.

Bien se advertía que la llegada de Anita no turbaba en lo más mínimo las costumbres domésticas.

—Hemos recorrido todo, dijo Catalina, calentándose las manos en el brasero.

—Muy bien. ¿Estás contenta, Anita?

—Sí; mucho.

La niña se acercó al fuego y la mamá María fijóse ahora en que Anita no era tan cerril como había supuesto la noche anterior y que tampoco era mal educada.

—¡A estudiar! indicó después á Catalina con aire de seriedad.

No se hizo Catalina repetir la indicación. Se fué á estudiar. Anita dijo tímidamente:

—Denme algo que hacer...

Angela le dió una media, y la niña, poniéndose el dedal de Lucía, cogió la aguja con tanta habilidad que María Fara quedóse encantada.

Al día siguiente, viernes, las niñas de Valena y Anita, acompañadas de Cesáreo, tras un largo paseo, asistieron á la conferencia religiosa, en la iglesia de Santa Cruz, que se celebraba por ser el tiempo de Cuaresma.

Catalina, de regreso de la escuela, llegó á punto que las hermanas entraban en la iglesia, y Anita escondióse en el manguito el ramo de margaritas que traía.

—Tíralas, ordenó Cesáreo secamente.

La plaza de la iglesia invadía una multitud que entraba apresuradamente porque

ya había sonado el último toque de campanas.

Tardaron algunos minutos en meter en el manguito el ramo.

—¡Te digo que las tires! repitió Cesáreo con voz enérgica. No le gustaba que los mozalbetes mirasen á sus hermanas.

Lucía y Angela sonrieron, cambiando entre sí miradas de inteligencia.

—Me parece que es esta la última vez que salgo con vosotras, murmuró Cesáreo irritado.

Anita tembló, al comprender que era ella la causa de aquel disgusto y sintió ansias de llorar.

—Sí; las tiraremos... repuso, pero ya Catalina había entrado en la iglesia, metiendo la mano sin guante en la pila del agua bendita.

Era ya tarde. El coro terminaba; las voces de los sacerdotes resonaban graves bajo las antiguas naves. Los hombres, cara al púlpito, esperaban que comenzara el sermón: las muchachas del pueblo permanecían arrodilladas y las señoritas sentadas en los bancos y en sus sillas.

Atravesaron la iglesia y se sentaron en su sitio. En los primeros momentos Anita no se atrevía á mirar en torno suyo.

Las primas, entre el señorío, parecían completamente olvidadas de ella.

Hablaban en voz baja con las amigas, y Anita se consideraba sola y abandonada.

De pronto oyó decir á Lucía:

—Es Ana Malvas, nuestra prima.

—¿Vive con vosotras?

—Sí; desde ayer.

—¿Por qué se viste de negro?

No oyó más. Quedóse confusa, pensando en su vestidillo negro, llano, mal hecho, que contrastaba con aquellos trajes lujosos, de colores vivos.

Sentiase en aquel momento tosca con su pañolito corto. Parecía que hasta sus primas se avergonzaban de ella, bien vestidas y elegantes. Volvióse y miró con ojos suplicantes á Catalina; mas ésta no se dió cuenta.

Por fortuna en aquel momento sonó la campanilla. Comenzó el sermón.

La voz del predicador se extendió por la iglesia, ora suave y dulce como una cantilena, ya fragorosa y solemne. El tema del sermón era el Purgatorio. El orador citaba ejemplos antiguos y modernos; hablaba de los ritos paganos, brahamánicos y budistas; evocaba los Concilios ecuménicos, especialmente el de Cartago, donde se afirmó solemnemente la existencia del Purgatorio... Citaba argumentos de los mismos protestantes, de los enciclopedistas, de Lutero, de Melacthon, de Voltaire, de Erasmo.

Anita comprendía que era cosa horrible aquel lugar de pena y cuando el predicador citó, hablando de la caducidad de todas las cosas terrenas, el ejemplo de Isabel de España, la más bella mujer del mundo, que, á las pocas horas de morir, tan deformada estaba, que llenó de horror al valiente Duque de Gandía, Anita se arrepintió de haber envidiado á aquellas señoritas bien

trajeadas y de haberse creído desgraciada al verse tosca y mal vestida.

*
*

Al día siguiente era sábado, día de limpieza en la casa. Se sacudió el polvo de las sillas, las paredes. Angela, con el pañuelo á la cabeza, trabajó.

—¿Por qué no lo hace la criada? preguntó Anita.

—Porque las criadas lo hacen de moggollón; barren el suelo y llenan de polvo las paredes.

Anita ayudó; también, por primera vez, entró en la bodega y despachó un litro de vino, orgullosa de haber hecho un gran trabajo.

Quando no estaba en compañía de Catalina, Anita parecía una mujercita seria, apasionada por los quehaceres domésticos. Pero, con Catalina tornábase chiquilla y hablaba sin seso, riendo á tontas y á locas.

Sin embargo, al lado de Catalina no se sentía contenta.